



LA DOBLE IDENTIDAD DE LAS UNIVERSIDADES DE INSPIRACIÓN CRISTIANA SEGÚN *EX CORDE ECCLESIAE*¹

José M. Torralba²

RESUMEN: El enfoque del presente artículo es fundamentalmente interpretativo: se proponen algunos conceptos y distinciones que pueden facilitar la lectura y comprensión de *Ex Corde Ecclesiae*, desde la perspectiva del concepto de identidad de las universidades. El artículo comienza presentando dos modelos de concebir la identidad institucional: el funcionalista y el significativo (o interpretativo). A continuación, se analiza el modo en que la doble identidad de la universidad católica aparece en *Ex Corde Ecclesiae*, así como las correspondientes dimensiones que poseen dichas identidades: consideradas individual e institucionalmente. Se argumenta que el modelo de relación más apropiado entre ambas identidades es el de integración. Por último, se describen algunos modos concretos de integrar la doble identidad, tanto en el nivel institucional como en el personal, de profesores, alumnos y personal de administración y servicios.

PALABRAS CLAVE: Ex Corde Ecclesiae, identidad de la universidad, cultura institucional.

¹ El presente texto es una versión ligeramente revisada del artículo publicado en *Rivista PATH (Pontificia Academia Theologiae)* 14 (1/2015): 131-150. Presenté versiones preliminares de este artículo en el I Seminario sobre “La inspiración cristiana de las universidades” del Instituto de Antropología y Ética (diciembre de 2013) y, posteriormente, en el Seminario de Profesores de la Facultad de Teología (mayo de 2014), ambos en la Universidad de Navarra. Agradezco a los asistentes sus sugerencias. Asimismo agradezco a Susana Aulestiarte, Rosalía Baena y Juan Manuel Mora sus comentarios a esta última versión del texto.

² Profesor titular de Filosofía. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra. Email: jmtorralba@unav.es

1. Introducción

Se van a cumplir veinticinco años de *Ex Corde Ecclesiae*, la Constitución Apostólica de San Juan Pablo II acerca de las universidades católicas, fechada el 15 de agosto de 1990³. Una década antes, en 1979, se había publicado *Sapientia Christiana*, la Constitución Apostólica acerca de las universidades y facultades pontificias. Esos documentos son una parte principal del magisterio pontificio posterior al Concilio Vaticano II acerca de las universidades erigidas o aprobadas por la jerarquía de la Iglesia, tanto las que tienen como fin principal ofrecer estudios eclesiásticos como las que ofrecen otro tipo de estudios. Tales son las universidades que reciben oficialmente el nombre de católicas, con las implicaciones canónicas correspondientes. Además, existen otros tipos de universidades que también poseen un ideario católico, pero que no dependen de la jerarquía eclesiástica ni tienen ese nombre oficialmente. A estas últimas se les puede llamar universidades de inspiración cristiana. En el presente artículo emplearé, de modo equivalentes, los nombres de universidad “católica”, universidad de “inspiración cristiana” y universidad de “ideario católico o cristiano”, algunos de los cuales utiliza el propio documento (cfr. §7)⁴. Tal licencia queda justificada porque no pretendo ofrecer una reflexión de tipo canónico (donde tales diferencias son decisivas)⁵, ni siquiera una contribución teológica, sino únicamente considerar la aportación que *ECE* puede hacer a los debates que hay actualmente abiertos acerca de la naturaleza de la institución universitaria en general. Es decir, mi contribución se hace desde el ámbito

³ Se citará abreviadamente (*ECE*), seguido del número de párrafo.

⁴ En este punto, sigo las precisiones que se hacen en Juan Manuel Mora, “Universidades de inspiración cristiana: identidad, cultura, comunicación”, *Romana XXVIII* (1/2012): 196. Ese artículo está dedicado a las universidades de inspiración cristiana en sentido restringido (como distintas de las dependientes de la jerarquía de la Iglesia). Es cierto que en el presente artículo, en cambio, me ocupo de *ECE* que va dirigido específicamente a universidades dependientes de la autoridad eclesiástica. Sin embargo, resulta patente que los principios expuestos en ese documento son también relevantes, *mutatis mutandis*, para cualquier universidad de identidad católica. Dicha relevancia no procede únicamente de la autoridad magisterial de *ECE*, sino también de su profundidad y riqueza conceptual, de modo que incluso quienes no comparten nuestra fe encontrarán en él una excelente descripción de la naturaleza de las universidades, así como de la contribución de la Iglesia y del cristianismo al mundo universitario actual. En el documento *L’Université Catholique dans le monde moderne. Document final du 2ème Congrès des Délégués des Universités Catholiques* (Roma, 20-29 noviembre 1972) se hace una referencia a ese tipo de universidades, de las que se dice: “...elles maintiennent les caractéristiques essentielles de toute université catholique” (n. 15); dichas características son las que aparecen en la parte I, A de ese documento, luego literalmente recogidas en *ECE*, §13. Por otra parte, también usaré como sinónimos “cristianismo” y “catolicismo”, bien entendido que lo aquí expuesto se hace desde la perspectiva católica, aunque buena parte de lo que se afirma podría ser plenamente aplicable a universidades de otras confesiones cristianas.

⁵ Cfr. Íñigo Martínez-Echevarría, *La relación de la Iglesia con la Universidad en los discursos de Juan Pablo II y Benedicto XVI: una nueva aproximación jurídica* (Roma: EDUSC, 2010).

de la filosofía de la educación y me ocupo de rasgos comunes a la identidad de los tipos de instituciones mencionados⁶.

En concreto, lo que me propongo es comprender mejor lo afirmado en el §14 de *ECE*: “En una Universidad Católica, por tanto, los ideales, las actitudes y los principios católicos penetran y conforman las actividades universitarias según la naturaleza y la autonomía propias de tales actividades. En una palabra, siendo al mismo tiempo Universidad y Católica, ella debe ser simultáneamente una comunidad de estudiosos, que representan diversos campos del saber humano, y una institución académica, en la que el catolicismo está presente de manera vital”. Por ello, me ocuparé de la doble identidad característica de toda universidad de inspiración cristiana, es decir, de su doble naturaleza como institución universitaria y como institución de ideario católico. Según habrá ocasión de mostrar, esa doble identidad no debe conducir a una visión dualista, como si se tratara de dos elementos yuxtapuestos, ni tampoco a una concepción en la que uno de los dos aspectos quede subordinado al otro (lo universitario a lo católico o viceversa), como si fuera posible una relación extrínseca entre ellos. Al contrario, se trata de dos caras de una misma moneda. Por un lado, ser católica contribuye a que una universidad sea más y mejor universidad, porque refuerza su misión de buscar desinteresadamente la verdad y servir a la persona; y, por otro lado, todo quehacer auténticamente universitario incluye una dimensión sapiencial, es decir, la reflexión acerca de los últimos porqués de la persona y el mundo. Aunque el cristianismo no puede reducirse a una cosmovisión (es, ante todo, el misterio del Verbo hecho carne), es cierto que la Revelación ofrece, de modo completo, las respuestas a las cuestiones últimas.

Dada la importancia de la institución universitaria para la sociedad no es extraño que surjan debates acerca de ella. Es más, resulta muy apropiado a la naturaleza de una institución dedicada al conocimiento que en su seno y alrededor de ella haya reflexión y diálogo. Si se puede decir que la universidad es el lugar de los *porqués*, el primero y fundamental que debe responder es el de por qué y para qué hay universidades. En países como los Estados Unidos de América, al menos en este último siglo, ese tipo de debates han ocupado un lugar destacado en el ámbito de la opinión pública⁷. Sin embargo, en Europa y –por lo que sé– en el resto de América el debate ha sido más bien escaso y cuando, como en los últimos años, finalmente lo ha habido se ha centrado en cuestiones poco fundamentales y más bien prácticas: demandas de los empleadores, financiación, tasas académicas, etc. Son ya varias las voces que lamentan que la creación del Espacio Europeo de Educación Superior no haya dado lugar a una reflexión de más calado⁸. Según parece, en los últimos años la tendencia está cambiando y,

⁶ Con anterioridad he publicado dos trabajos –que son complementarios, como una primera y segunda parte– acerca de la misión de la universidad, aunque sin una discusión expresa de la relación entre cristianismo y universidad. Cfr. José María Torralba, “La idea de educación liberal. De cómo se inventaron las humanidades”, en *Falsos saberes. La suplantación del conocimiento en la cultura contemporánea*, ed. J. Arana (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 61-74; “Formación humanística en la universidad. Los tres rasgos de la educación liberal”, en *Escribir en las almas. Estudios en honor de Rafael Alvira*, eds. M. Herrero, A. Cruz., R. Lázaro y A. Martínez (Pamplona: Eunsa, 2014), 921-938.

⁷ Cfr. José María Torralba, “La educación liberal como misión de la universidad. Introducción bibliográfica al debate sobre la identidad de la universidad”, *Acta Philosophica* 22 (2/2013): 257-276.

⁸ Cfr. Marijk van der Wende, “Trends Towards Global Excellence in Undergraduate Education. Taking the Liberal Arts Experience into the 21st Century”, *Center for Higher Studies in Education - Research & Occasional Paper Series*, CSHE.18.12 (Berkeley: University of California, 2012).

afortunadamente, el debate también se está enriqueciendo con las aportaciones que se hacen desde el catolicismo⁹.

El presente artículo, además de esta introducción, consta de tres apartados y una breve conclusión. El primer apartado presenta dos modelos de concebir la identidad institucional: el funcionalista y el interpretativo (o significativo). En el segundo se analiza el modo en que la doble identidad de la universidad católica aparece en *ECE*, así como la doble dimensión de dicha identidad: individual e institucional. Y se argumenta que el modelo de relación más apropiado entre ellas es el de integración. En el siguiente, y último, apartado se describen algunos modos concretos de integrar la doble identidad, tanto en el nivel institucional como en el personal, de profesores, alumnos y personal de administración y servicios. El enfoque del presente artículo es fundamentalmente de interpretación: se proponen algunos conceptos y distinciones que pueden facilitar la lectura y comprensión de *ECE*, desde la perspectiva del concepto de identidad de las universidades¹⁰.

2. Identidad institucional: modelos funcionalista e interpretativo

El de identidad es uno de los conceptos básicos de la comprensión de la realidad. Identidad y diferencia son categorías fundamentales del pensamiento. Habitualmente conocemos distinguiendo y, por tanto, definiendo e identificando. La identidad es la respuesta que se da a la pregunta acerca de qué o quién soy. Ahora bien, este concepto posee sentidos diversos cuando se refiere a individuos (en especial, a las personas) y cuando lo hace a las instituciones.

La identidad de las personas viene, en último término, definida por algo interno a ellas: su naturaleza. Las personas poseen una identidad humana pues tal es su forma de ser o esencia. Dicha identidad incluye la dimensión cultural, entendida como el modo peculiar de estar en el mundo y relacionarse con él que poseen los seres humanos. Nuestra identidad queda *expresada* en la cultura y es precisamente a través de ella como *desarrollamos* lo que es propio de nuestra identidad. Ser humano no es meramente una cualidad abstracta, sino un modo de ser que lleva a vivir de una determinada manera.

A diferencia de la identidad personal, la identidad de las instituciones –salvo algunos casos, como la familia– no depende tanto de un principio interno natural como de un elemento artificial: el fin para que el surgen dichas instituciones y, en consecuencia, el bien que se proponen alcanzar (piénsese en la institución del comercio, por ejemplo). Tales fines pueden variar e incluso desaparecer a lo largo de la historia. Por ejemplo, en el caso de la institución universitaria se puede trazar con cierta precisión su origen histórico, así como los fines que perseguía¹¹.

La cuestión que aquí interesa considerar es el modo en que una institución define y transmite su identidad. Se podría decir que es el gobierno de una institución (en sentido amplio) quien tiene la responsabilidad de dicha tarea. Según explicaba ya Aristóteles, el régimen político estructura el cuerpo social de modo similar a cómo el alma estructura el cuerpo natural¹². Sin embargo, no es suficiente con la existencia de una estructura, puesto que la vida de una institución no depende de ella sino de la vida de las personas

⁹ Cfr. Número monográfico “L’idée d’Université”, *Communio* XXXVII (1/2013): 225.

¹⁰ Por eso, y por razones de espacio, el artículo se centra casi exclusivamente en la primera parte de *ECE*.

¹¹ Una breve exposición se puede encontrar en Hanna Holborn Gray, *Searching for Utopia. Universities and their Histories* (Berkeley: University of California Press, 2012), 31-60.

¹² Cfr. Aristóteles, *Política*, 1276b 1-9. Citado en Ana Marta González, “La identidad de la institución universitaria”, *Aceprensa*, Servicio 90/10, 1 de diciembre de 2010: 3.

que la conforman. En este sentido, el gobierno de una institución debe ser capaz de integrar en el proyecto común a todos los que pertenecen a ella.

En los estudios contemporáneos sobre identidad en las organizaciones se ha señalado que mientras que la identidad personal es fundamentalmente estable, la identidad de las organizaciones resulta mucho más “fluida”, según atestigua la experiencia ordinaria¹³. En las organizaciones se pueden distinguir varios modelos de análisis de la identidad, de entre los que aquí nos interesa destacar dos: el funcionalista y el interpretativo¹⁴.

El modelo funcionalista considera que la identidad es ante todo una propiedad que la organización “posee” y que un observador interesado puede constatar y expresar en términos objetivos. Desde esta perspectiva, la identidad se establecería principalmente por medio de la estructura, los principios y las reglamentaciones de una institución. Por así decir, bastaría con leer sus estatutos para captarla. Y en el caso de que la realidad de la institución no se correspondiera con ellos, la lógica funcionalista llevaría a buscar los procedimientos y normativas más adecuados para modificarla. En este sentido, la identidad sería algo externo a las personas que conforman la institución, es decir, lo decisivo serían los aspectos objetivos.

Por su parte, el modelo interpretativo (o significativo) considera que la identidad es fundamentalmente de naturaleza simbólica y que la constituyen los miembros de las institución, mediante el sentido de sus actividades; por ello, el modo más adecuado de expresarla es narrativamente, es decir, no tanto por medio de formulaciones abstractas y objetivas, como concretas y expresivas. Aquí se pone el énfasis en el sentido y significado que los miembros de una institución dan o encuentran a sus acciones. Desde esta perspectiva, la identidad sería algo interno a las personas, es decir, lo decisivo serían los aspectos subjetivos (en el sentido de pertenecientes a los sujetos o personas).

Tomados en sus versiones extremas (objetivista y subjetivista, respectivamente), ambos modelos probablemente sean de poca ayuda, pero habrá ocasión de mostrar que cada uno tiene su parte de razón, particularmente la insistencia en el carácter significativo o simbólico de la identidad. Según ha afirmado Mora refiriéndose al tema del presente artículo, “la identidad de una institución depende ante todo de las personas que la componen. Las universidades de inspiración cristiana no son estructuras, sino instituciones vivificadas por católicos que realizan su trabajo de forma coherente con su fe”¹⁵. Por tanto, para mantener la identidad de una institución será necesario, en primer lugar, que las personas que la constituyen formen una comunidad en la que sea posible dialogar acerca del significado de la tarea que todos comparten y, en segundo lugar, que

¹³ Dennis A. Gioia, “From Individual to Organizational Identity”, en *Identity in organizations. Building theory through conversations*, eds. D.A. Whetten y P.C. Godfrey (Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 1998), 22. No es necesario considerar aquí la distinción entre organización y institución. Para el propósito del presente artículo se pueden tomar como equivalentes. Diversas organizaciones, con sus peculiaridades, pueden constituir modos válidos de ser una misma institución. Así sucede en el caso de las universidades, donde a pesar de la enorme variedad es posible establecer un criterio identificatorio.

¹⁴ Gioia, “From Individual to Organizational Identity”, 26-30. El tercer modelo es el postmoderno, según el cual la propia noción de identidad es una ilusión, ya que la realidad (tanto personal como institucional) sería fragmentaria y carente de significado propio.

¹⁵ Mora, “Universidades de inspiración cristiana: identidad, cultura, comunicación”, 204.

cada persona haga propio el fin de la institución, es decir, lo tome como uno de sus fines¹⁶.

3. La doble identidad de la universidad católica

La reflexión sobre la identidad de las universidades católicas es relativamente reciente. Probablemente el origen se puede situar en los Estados Unidos, en el momento en que “lo católico” se comenzó a percibir –por algunos– como un problema para destacar en el ámbito social, cultural y académico. Según explica Gleason¹⁷, uno de los detonantes pudo ser el artículo de John Tracy Ellis, “American Catholics and the Intellectual Life”, publicado en 1955¹⁸. En ese contexto, se reprochaba a las universidades de identidad católica que no fueran capaces de competir con las grandes universidades de investigación que, aunque mayoritariamente de origen protestante, habían abandonado en la primera mitad del siglo XX su filiación religiosa (al menos, formalmente).

No es este el lugar para analizar los debates que provocó el artículo, ni para detenerse a considerar las características propias del catolicismo estadounidense en esos años¹⁹. Lo que puede ayudar a comprender el trasfondo de nuestro tema es advertir que en los últimos años ese mismo debate ha invertido sus términos: no son pocos quienes señalan que un buen número de universidades católicas han tomado como referente los modelos institucionales de esas otras universidades. Y que, al hacerlo, han perdido algo de lo que les era propio y característico.

El modelo *standard* de universidad de investigación lo definió Clark Kerr mediante el concepto de “multiversidad”, es decir, ante todo como una institución crucial en la moderna sociedad de mercado por su contribución a la industria del conocimiento²⁰. Se le llama multiversidad porque, a diferencia de las universidades de tiempos pasados, carece de una misión unitaria. Quienes la conforman se dedican a fines –investigación, formación profesional y educación general– independientes, pues responden a intereses y necesidades que, con frecuencia, resultan incompatibles entre sí. Según Kerr, esta evolución de la universidad es un producto del desarrollo histórico (principalmente de tipo socio-económico) y, por tanto, un hecho incontestable ante el cual lo único que cabe es someterse²¹.

¹⁶ A la vez, es importante no reducir la –por así decir– sustancia de la institución a ese diálogo, es decir, a la comunicación. La institución tiene un “ser” propio porque está constituida por personas y no por sistemas. Según sostiene Donati, “la comunicación no puede anular la relación social, porque ella misma es relación y, como tal, necesita de valores, formas de referencia a los valores, fines y medios” (Pier Paolo Donati, “Cultura y comunicación. Una perspectiva relacional”, *Comunicación y sociedad* VIII (1/1995), 73).

¹⁷ Philip Gleason, “What made Catholic Identity a Problem?” en *The Challenge and Promise of a Catholic University*, ed. T.M. Hesburgh (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1994): 91-102.

¹⁸ John Tracy Ellis, “American Catholics and the Intellectual Life”, *Thought* 30 (1955): 351-388.

¹⁹ Cfr. Philip Gleason, *Contending with modernity. Catholic higher education in the twentieth century* (Nueva York: Oxford University Press, 1995).

²⁰ Cfr. Clark Kerr, *The Uses of the University*, Fifth Edition, (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001), 5.

²¹ Una visión algo distinta, y mucho más matizada, de la “evolución” de la institución universitaria se puede encontrar en Ben R. Martin, “Are universities and university research under threat? Towards an evolutionary model of university speciation”, *Cambridge Journal of Economics* (2012): 1-23. En general, me parece no es cierto que la multiversidad sea el único modelo de universidad posible hoy día, ni siquiera en el caso de las *research universities*. Hay ejemplos de lo contrario. Es posible, por ejemplo, desarrollar un proyecto de educación liberal en el seno de una universidad de investigación.

En contra de lo que inicialmente pudiera parecer, el problema en la asimilación de algunas universidades católicas al modelo de la multiversidad no residiría *tanto* en la pérdida de su identidad católica (aunque este sea también un problema grave y, en ocasiones, muy grave), *como* en el daño causado a su identidad en cuanto institución universitaria, es decir, como un proyecto intelectual unitario cuyo foco es la formación integral de los estudiantes, alrededor del cual se organizan las tareas de investigación, preparación profesional, transferencia del conocimiento a la sociedad y contribución a la movilidad social. En este sentido, ha afirmado McInerny –con una formulación algo enrevesada– que “uno podría decir que Ellis estaba criticando a las universidades católicas por no hacer ‘algo’ (es decir, lo que las instituciones seculares y secularizadas estaban haciendo), pero ese ‘algo’ no era lo que ellas estaban tratando de hacer; y [paradójicamente] lo que ellas estaban haciendo era, en opinión de muchos observadores [*outsiders*], precisamente aquello que era necesario para resucitar las universidades no católicas”²².

Parece, por tanto, que el modo en que en los últimos cincuenta años se ha reflexionado sobre la naturaleza e identidad de las universidades católicas viene, en parte, definido por su contraste con las universidades que carecen de filiación religiosa. Sobre este trasfondo encaja bien la perspectiva de la doble identidad que aparece en *ECE*: en cuanto católicas y en cuanto instituciones universitarias. Según habrá ocasión de explicar, no se trata de dos elementos contrapuestos, ni incompatibles, pero sí diferenciados, hasta el punto de que no resulta evidente (ni, en ocasiones, pacífico) determinar cómo deben conjugarse. En lo que sigue se propone un modo de entender su relación.

3.1. La doble identidad y su doble dimensión: como universidad y como católica, individual e institucionalmente

La primera parte de *ECE* se titula “Identidad y misión” y en sus primeros puntos (§12-13) se define la doble identidad. Por una lado, se afirma que “la Universidad Católica, *en cuanto Universidad*, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural” (§12) a través de la investigación, la enseñanza y los diversos servicios que presta. Y, por otro lado, se afirma que, *en cuanto católica*, su objetivo es “garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura” (§13).

La identidad cristiana se comprende adecuadamente –según se explica al final del documento– desde la misión evangelizadora de la Iglesia. En el §48 se explica que “la misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en el contexto sociocultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí” (§48). Para el propósito de nuestra argumentación es importante notar que la relación entre fe y vida posee una doble dimensión: individual e institucional. Las universidades forman parte de la misión evangelizadora de la Iglesia precisamente porque, de modo institucional, son “testigos de Cristo y de su mensaje” (§49) y se convierten así en interlocutores con la cultura y la

²² Ralph McInerny, “The Advantages of a Catholic University”, en *The Challenge and Promise of a Catholic University*, ed. T.M. Hesburgh, (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1994), 179. Una tesis similar es la que mantiene en Alasdair MacIntyre, “The End of Education: The Fragmentation of the American University”, *Commonweal* 133/18, October 20, 2006, 10-14.

ciencia. Además, ellas facilitan que las personas individuales –en particular los profesores y los estudiantes– realicen una síntesis vital de razón y fe.

Los cuatro elementos que marcan las coordenadas del análisis que aquí se ofrece de *ECE* son, por un lado, la doble identidad como universidad y como católica y, por otro, las dos dimensiones de cada una de esas identidades: individual e institucional. Una universidad de inspiración cristiana debe ser una auténtica universidad que ofrezca un testimonio de Cristo en el mundo actual. Para ello, es necesario que sus profesores (y, en la medida que les corresponde, también sus alumnos) acepten y realicen personalmente esa misión²³. Pero esto no es suficiente, si no implica la creación de una comunidad de profesores y alumnos con un proyecto intelectual compartido. La universidad, como institución, no es la mera suma de sus miembros y, por tanto, su identidad no es únicamente el resultado de la agregación de las identidades individuales de quienes la componen.

Es fácil advertir en el trasfondo de estas ideas lo que Juan Pablo II indicó de diversas maneras: “una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada y fielmente vivida”²⁴. Las universidades desempeñan una función de primer orden en ese “hacerse la fe cultura”, pues ellas son lugares apropiados para que la fe de las personas –profesores y estudiantes– germine en la cultura y la ciencia, de modo que las fermente como si fuera levadura²⁵. Para ello es necesario que la dimensión cristiana de una universidad sea una característica “no sólo de cada miembro, sino también de la Comunidad universitaria como tal” (§13). Es decir, la existencia de una comunidad intelectual entre profesores y alumnos es condición de posibilidad de cualquier universidad de inspiración cristiana. La fuente de la identidad de dicha comunidad son las creencias compartidas por sus miembros (cfr. §21). Aparece aquí claramente el elemento interpretativo o significativo de la identidad institucional.

En diversos lugares del documento se hace referencia al modo en que las personas que componen la comunidad universitaria deben conjugar las dos identidades. Acerca de los estudiantes se dice que, por un lado, “mediante la investigación y la enseñanza [...] deberán ser formados en las diversas disciplinas de manera que lleguen a ser verdaderamente competentes en el campo específico al cual se dedicarán en servicio de la sociedad y de la Iglesia” y que, por otro lado, “al mismo tiempo, deberán ser preparados para dar testimonio de su fe ante el mundo” (§20). Acerca de los profesores e investigadores (en referencia al diálogo entre cristianismo y ciencias) se indica que deben ser personas “competentes en cada una de las disciplinas, dotadas de una adecuada formación teológica y capaces de afrontar las cuestiones epistemológicas [en el nivel de las] relaciones entre fe y razón. (...) El investigador cristiano debe mostrar cómo la inteligencia humana se enriquece con la verdad superior, que deriva del Evangelio” (§46).

3.2. Búsqueda de la verdad y unidad existencial entre razón y fe

²³ Lo cual no significa que todos, profesores y alumnos, deban necesariamente asumir personalmente la fe. Según se explicará más adelante, el grado de compromiso con la identidad cristiana de la universidad es diverso en un caso y en otro. De todos modos, parece incuestionable la necesidad de una cierta masa crítica tanto entre los profesores como entre los estudiantes.

²⁴ Juan Pablo II, *Discurso fundacional del Consejo pontificio para la cultura* (20 de mayo de 1982).

²⁵ La misión de evangelizar exige “no sólo predicar” sino también “informar la cultura” con el Evangelio. Cfr. José Luis Illanes, “Teología y ciencias en una visión cristiana de la universidad”, *Scripta Theologica* 14 (3/1982): 883.

Desde las cuatro coordenadas recién descritas: lo universitario y lo católico, lo individual y lo institucional, adquiere un sentido más concreto el §1, donde se explica que la tarea de la universidad de inspiración cristiana es “unificar existencialmente” la “búsqueda de la verdad” y la certeza de “conocer ya la fuente de la verdad” (cfr. también §30). Se reconoce que se trata de unificar “dos órdenes de realidades”. Por tanto, parece importante que cada orden (natural y sobrenatural) mantenga su propia naturaleza pero que, a la vez, se alcance una unidad existencial entre ellos, es decir, en la vida de la institución; ahora bien, esto sólo es posible si dicha unidad se realiza *primero* en la vida de los miembros de la institución²⁶.

Otro modo de decir lo mismo es sosteniendo que las universidades de ideario católico hacen suya “la causa de la verdad” (§4)²⁷. En el ámbito universitario, la causa de la verdad consiste en no reducir la búsqueda de conocimiento al ámbito de lo útil, sino en “*proclamar el sentido de la verdad*, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre” (§ 4). Por eso, no es difícil comprender que lo que mueve a las universidades de inspiración cristiana es una “especie de humanismo universal” para dedicarse “por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios” (§4). La doble identidad aparece aquí de la siguiente manera: por un lado, en cuanto universidad, se orienta a la búsqueda de *todos* los aspectos de la verdad (y no sólo de los útiles) y, en cuanto católica, se ocupa de las relaciones de todos esos aspectos con la Verdad Suprema, Dios²⁸. De este modo, mediante “el esfuerzo conjunto de la inteligencia y de la fe” los seres humanos pueden alcanzar “la medida plena de su humanidad” (§5). Este último es un aspecto de gran relevancia: el cristianismo no es algo “añadido”, sino la plenitud de lo humano²⁹, también de la docencia y la investigación en la universidad. Una universidad en la que la pregunta por Dios esté ausente es una universidad incompleta, pues ignora un ámbito –y un ámbito decisivo– de la vida de las personas y del mundo.

El documento explicita las cuatro características esenciales de la identidad de la universidad *en cuanto católica* (§13). En primer lugar, que la inspiración cristiana no sea algo sólo individual, sino de la comunidad universitaria, según se ha explicado ya. No basta con que cada miembro, individual y aisladamente, alcance la “unidad existencial” de razón y fe, sino que también es preciso que dicha unidad se exprese de modo comunitario. Por ejemplo, no tendría una identidad católica coherente una universidad cuya oferta de estudios, actividades y programas de investigación no se diferenciara de otras universidades que carecieran de dicha inspiración³⁰. O en la que la fe, aun viva, quedara *restringida* meramente al ámbito privado de la práctica religiosa y,

²⁶ Ciertamente, la propuesta de alcanzar esa unidad existencial no es algo exclusivo de las instituciones de identidad cristiana, sino que se puede realizar allí donde haya católicos dedicados a la docencia y la investigación (cfr. §2).

²⁷ No es difícil advertir en el trasfondo de este tipo de ideas la inspiración de Newman, a quien se cita tres veces en el documento. “Truth cannot be contrary to truth” (John Henry Newman, *The Idea of a University* (London: Longmans - Green, 1907), 461).

²⁸ Cfr. A.M. González, “La identidad de la institución universitaria”, 4.

²⁹ Cfr. Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes* (7 de diciembre de 1965), n. 22.

³⁰ Así lo explica D’Souza: “If the epistemological questions in a Catholic university are no different from those of a secular university, then its mission is open to question. And secondly, if the questions of curricular coherence, independence, and interdependence of a Catholic university are no different from those of a secular university, then its mission is open to question” (Mario O. D’Souza, “Ex Corde Ecclesiae, Culture and the Catholic University”, *Journal of Catholic Education* 6 (2/2002): 230).

por tanto, de las actividades de la Capellanía universitaria³¹. El estilo universitario, la cultura institucional y las relaciones entre los miembros de la comunidad universitaria deben, todos ellos, expresar su identidad propia.

En segundo lugar se señala la necesidad de que haya “una reflexión continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano”. En cuanto universidad, compartirá con sus iguales los contenidos y planteamientos en investigación y docencia, pero, se espera que *además* aporte a los diversos campos del saber la luz de la fe. Esa aportación sólo es posible –y esta es la tercera característica– mediante la “fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia”. Se podría decir que, de modo semejante a como debe ser fiel a la verdad por su identidad *en cuanto universidad*, también debe ser fiel al magisterio de la Iglesia por su identidad *en cuanto católica*. Por último, sirve asimismo a la sociedad contribuyendo al “objetivo trascendente que da sentido a la vida”, es decir, la universidad no es meramente una comunidad intelectual, sino que incluye la dimensión existencial: ayudar a las personas –en primer lugar, a sus profesores, alumnos y personal de administración y servicios– a que tengan un encuentro personal con Cristo.

3.3. Modelos de relación entre las dos identidades: dualismo, subordinación o integración

El reto del planteamiento de *ECE* es conseguir la *integración* de la identidad católica en la identidad universitaria “según la naturaleza y la autonomía propias de tales actividades” (§14)³². Acerca de la relación entre ambas identidades podría decirse que hay tres posibles modelos:

a) *Dualista*, como si lo cristiano y lo universitario fueran dos elementos extraños entre sí y sólo fuera posible establecer una relación extrínseca entre ellos, de yuxtaposición.

b) *De subordinación* de una de las dos identidades a la otra. Podría suceder que lo universitario quedara subordinado a lo católico, como si lo primero se tratara de algo circunstancial o meramente accidental de lo segundo. Y viceversa.

c) *De integración* de ambas identidades.

Por lo explicado hasta ahora, parece claro que el modelo que se propone en *ECE* es el de integración, donde lo universitario y lo católico no sólo no son elementos extraños entre así, sino que se fecundan mutuamente. En el documento se emplea en siete ocasiones el término “integrar” o “integración” para referirse a la doble identidad o a sus elementos correspondientes (cfr. §§ 15-17, 22, 38)³³. Y las siguientes palabras así lo dan a entender: “[La] Universidad Católica, ‘debe ser unidad viva de organismos, dedicados a la investigación de la verdad. (...) Es preciso, por lo tanto, promover tal superior síntesis del saber, en la que solamente se saciará aquella sed de verdad que está

³¹ Según explica Villar, “no basta ‘tener fe’, ‘ser creyente’ para que sin más se pueda calificar cualquier tarea universitaria de ‘cristiana’. Es necesario el estudio filosófico y teológico de los temas, porque la Teología (con la Filosofía) constituye la mediación que dota de inteligibilidad y posibilita la comunicación de la fe con las ciencias” (José Ramón Villar, “Transmisión de la fe y universidad”, *Scripta Theologica* 33 (1/2001): 190).

³² Sobre esta cuestión, cfr. Alejandro Llano, “Universidad y cultura en la perspectiva del Concilio Vaticano II”, *Scripta Theologica* 17 (1985): 811-816.

³³ Además, se utiliza 5 veces el término “integral” para referirse a la formación integral que la universidad debe ofrecer, en el sentido de “completa” (cfr. §§ 20, 34, 45; en la Segunda parte: Art. 4, § 5 y Art. 5 § 1).

inscrita en lo más profundo del corazón humano” (§ 16). La integración es posible porque el ámbito propio de ambas identidades es el mismo: la verdad³⁴. En las universidades de inspiración cristiana tienen lugar de un modo privilegiado (aunque no exclusivo) el diálogo entre las verdades naturales y las sobrenaturales y, además, donde se pregunta de modo radical, en la Teología, por la fuente común de ambas verdades: Dios.

Ahora bien, la integración de las dos identidades no es algo “dado” o presupuesto, sino que se trata más bien de un adquisición que cada persona y cada institución deben alcanzar. Precisamente porque la unidad existencial de razón y fe es algo vivo, no puede hacerse de una vez para siempre, sino que siempre se encuentra *in fieri*. El saber y la cultura se desarrollan en la historia y, del mismo modo, una fe que se hace cultura debe fecundar continuamente esos desarrollos. Por eso se ha hablado con acierto en este contexto de la presencia de una cierta “tensión” entre ambas identidades³⁵. Pero tensión no debe entenderse aquí de modo negativo, sino más bien en el sentido de la tensión característica de todo lo viviente. El viviente posee ya una identidad (es decir, una manera de ser) definida, pero no es todavía *completamente* (en el sentido de terminado) lo que está llamado a ser.

Desde un punto de vista institucional es conveniente cuidar los que podríamos llamar “aspectos funcionalistas” de la identidad, y así lo hace la propia *ECC* de modo expreso en su segunda parte, al establecer una serie de normas generales, como también puede hacer cada universidad con sus estatutos o idearios³⁶. Por así decir, esos aspectos objetivos trazan un marco identitario, que ofrece unos referentes o principios. A la vez, según se ha explicado ya, de poco serviría todo eso si la vida de la institución no fuera coherente con tales principios. La identidad de la universidad dependerá de la vida de las personas que la componen, entre otras razones porque la unidad entre fe y razón de la que se habla en *ECC* es existencial y, por tanto, concreta.

4. La “ventaja” de la universidad católica y las maneras de integrar la doble identidad

4.1. La situación contemporánea: la fragmentación del saber y la “ventaja” de la universidad católica

La fragmentación del saber es uno de los grandes males de nuestro tiempo y de nuestras universidades³⁷. *ECC* aborda explícitamente esta cuestión. Los enormes desarrollos

³⁴ Por eso, lo católico no puede convertirse en ningún caso en algo “ideológico”, es decir, que se asuma no porque es verdadero, sino *simplemente* porque es la opción intelectual elegida por la institución.

³⁵ Así lo indica Mora al ocuparse de estos temas: “Al final del razonamiento [de J. Ratzinger acerca de la relación entre fe y razón] encontramos esta palabra: *tensión*. No hay que extrañarse de que el intento de ser plenamente universitario y plenamente cristiano sea una cuestión difícil, que sólo puede resolverse en el ámbito de la propia conciencia, mediante un crecimiento de esas dos dimensiones: la maduración cristiana y la maduración profesional” (Mora, “Universidades de inspiración cristiana: identidad, cultura, comunicación”, 200).

³⁶ En el §27 se afirma explícitamente que la universidad católica mantiene una vinculación con la Iglesia, que es “esencial para su identidad institucional”. Esta vinculación no es de naturaleza exclusivamente jurídica, sino que consiste en la “adhesión a la Autoridad magisterial de la Iglesia”, la “fidelidad personal al mensaje cristiano” y, en el caso de los no-católicos, el “respeto al carácter católico de la institución”.

³⁷ Cfr. Alejandro Llano, *Repensar la Universidad. La Universidad ante lo nuevo* (Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias, 2003); José Manuel Giménez Amaya y Sergio Sánchez-Migallón (eds.), *Diagnóstico de la Universidad en Alasdair MacIntyre* (Pamplona: Eunsa, 2011), 225-245.

científicos y tecnológicos han permitido un gran desarrollo económico e industrial, pero convierten en acuciante la “búsqueda del significado” para que dicho desarrollo sea para “el auténtico bien de cada persona y del conjunto de la sociedad humana” (§7). Y añade algo que es clave para nuestro tema: “Si es responsabilidad de toda Universidad buscar este significado, la Universidad Católica está llamada de modo especial a responder a esta exigencia; su inspiración cristiana le permite incluir en su búsqueda, la dimensión moral, espiritual y religiosa, y valorar las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana” (§7). Podríamos decir que esta es la “ventaja” de la universidad de identidad católica. Hacer ese tipo de reflexión es algo propio de toda auténtica universidad, pero las instituciones católicas lo sienten como un deber “especial”. De hecho, en el documento se llega a afirmar que “por su carácter católico, la Universidad goza de una mayor capacidad para la búsqueda *desinteresada* de la verdad; búsqueda, pues, que no está subordinada ni condicionada por intereses particulares de ningún género” (§ 7).

4.2. Integración de la doble identidad en el nivel institucional: el plan docente

a) Un plan docente con propósito formativo

Probablemente uno de los modos más efectivos que una universidad tiene de expresar su identidad es a través de su plan de estudios, puesto que en él confluyen profesores y alumnos como sujetos activos. Las clases ofrecen un marco de reflexión y estudio apropiado (aunque no exclusivo) para cultivar la unidad existencial de razón y fe de la que se viene hablando. La docencia es el foco de la vida universitaria y, por tanto, el ámbito apropiado para desarrollar la vida intelectual comunitaria que define la identidad de la institución. Además, la preparación docente de los profesores necesariamente incluirá aquellos principios que la institución desea que se transmitan por medio de la enseñanza. Y, por su parte, la investigación –en la medida en que está relacionada con la docencia– también se verá influida por tales principios. La docencia, por tanto, crea una “espiral” de relaciones intelectuales entre los miembros de la universidad que, propiamente, nunca termina, ya que con cada curso escolar se pone de nuevo en movimiento.

En este sentido, los párrafos §§16-20 contienen una serie de principios acerca del modo propio de organizar la investigación y la docencia en una universidad de ideario cristiano. Es necesario promover la interdisciplinariedad, ayudar a tomar conciencia del carácter limitado de la razón humana (así como de su apertura a lo trascendente), reflexionar acerca de las implicaciones morales de la investigación y la profesión y, por último, cuidar la formación teológica.

Muy brevemente, se podría decir que, según *ECE*, el plan de estudios de cualquier titulación debería incluir los siguientes elementos: (a) una serie de materias que ofrezcan una perspectiva transversal de modo que se facilite la integración de los diversos saberes y el diálogo fe-razón, es decir, algo similar a lo que en las universidades estadounidenses llaman *Core Curriculum* (cfr. § 16-17); (b) algunas materias dedicadas a los presupuestos e implicaciones de las materias propias de la titulación, como pueden ser asignaturas de deontología o de historia de la disciplina (cfr. § 18); y (c) asignaturas teológicas (cfr. § 19). Además, se debe procurar que el plan de estudios tenga una unidad formativa global, de manera que no se trate de una mera agregación de asignaturas diversas, algunas de las cuales serían “formativas” (las mencionadas en a, b y c) y otras no (cfr. § 19).

b) *La centralidad de la teología*

Según se ha explicado anteriormente, la doble identidad corresponde al doble nivel de conocimiento (natural y sobrenatural) de la única verdad y no a la existencia de una doble verdad. Toda verdad tiene su origen último en Dios. Esta tesis, de carácter teológico, es la que asegura la posibilidad de integrar las dos identidades. Podría decirse que de lo que se trata es de recuperar el antiguo ideal de la sabiduría, que consistía en el determinar el lugar que correspondía a cada ámbito de conocimiento, así como su relación con los demás³⁸. En la actualidad, esa sabiduría sería, en buena medida, una cuestión de la que se ocupa la metodología de las ciencias, es decir, de la reflexión de cada ciencia acerca de su objeto de estudio y su método propio. Esta reflexión debe mostrar los límites y presupuestos de cada ámbito científico, así como los diversos sentidos de verdad y objetividad que hay en las ciencias experimentales, sociales y humanas³⁹. En esta tarea, la dimensión filosófica y teológica realizan una contribución imprescindible, pues ellas se sitúan en el nivel de reflexión de los presupuestos básicos de cada ciencia (qué es la vida, la materia, la persona humana, la sociedad, la libertad, etc.) y, además, permiten trazar un marco integrador de los diversos saberes⁴⁰. La “búsqueda de significado” tan necesaria hoy día encuentra sus últimas respuestas precisamente en el nivel de reflexión filosófico y teológico (cfr. §18).

De todos modos, la filosofía y la teología no deberían considerarse como si ellas tuvieran una función directiva a la que los demás saberes estuvieran *meramente subordinados*. Ni tampoco la teología debe entender su relación con la filosofía como de “límite”, como si lo *único* decisivo fuera que la teología alcanza donde la filosofía no llega. Más bien parece que el modelo adecuado que se propone en *ECC* es el que más tarde formulará Juan Pablo II con su imagen de la circularidad entre razón y fe⁴¹. Esta circularidad tiene su correlato en el lugar que corresponde a las facultades de teología en el seno de las universidades católicas. No pueden ser meramente una facultad más entre otras, ni tampoco deberían convertirse en el lugar al que queda *relegada o restringida* la reflexión sobre Dios⁴². A la vez, es decisivo el modo en que se cultiva la teología que, según afirma Illanes, “no es una ciencia histórica, sino filosófica o teórica. (...) En

³⁸ “Los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio” (§ 16).

³⁹ Cfr. Karl Jaspers, *La idea de la universidad* (Pamplona: Eunsa, 2013), 23-55.

⁴⁰ Cfr. Luis Romera, “La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología”, en *La fe en la universidad*, eds. S. Sánchez-Migallón. – J.M. Giménez-Amaya, (Pamplona: Universidad de Navarra, 2013), 23-53; Luis Clavell, *Razón y fe en la universidad: ¿Oposición o colaboración?* (Barcelona: CEU Ediciones, 2010).

⁴¹ Juan Pablo II, Encíclica *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), n. 73.

⁴² Según explica Villar, “la presencia institucional de la Teología no dispensa, sino que promueve aquel proceso –estrictamente personal– de ‘circularidad’ (...), de manera que la unidad vital entre fe y razón es consecuencia de una fe que se ha hecho cultura en los miembros del conjunto de la comunidad universitaria” (Villar “Transmisión de la fe y universidad”, 190). Debe haber un diálogo constante y fluido entre la teología y los demás saberes, entre los profesores de teología y los demás profesores. A los teólogos corresponde una labor insustituible en el logro de la unidad existencial de razón y fe en la comunidad universitaria.

ella, en la palabra divina, se desvela el sentido último y radical de las cosas, la verdad suprema del hombre y del mundo. Es de esa verdad de lo que la Teología habla”⁴³.

4.3. Integración de la doble identidad en el nivel personal: vida intelectual del profesorado y el alumnado

Según se ha afirmado ya a lo largo del artículo, lo decisivo para la identidad de una universidad es la comunidad intelectual de profesores y alumnos. Según explica el §22, los profesores, a la vez que son competentes en sus materias académicas deben ser capaces de “encuadrar el contenido, los objetivos, los métodos y los resultados de la investigación de cada una de las disciplinas en el contexto de una coherente visión del mundo”. Este “encuadre” es precisamente el objetivo de las asignaturas presentes en todos los planes de estudio a las que nos hemos referido en el apartado anterior. No es que las asignaturas *por sí mismas* aseguren ese encuadre, sino que ellas ofrecen la ocasión propicia para que cada profesor dedique atención a esas cuestiones y, además, a que no lo haga aisladamente, sino en colaboración con sus colegas, puesto que la enseñanza de los contenidos de un plan de estudios es una tarea compartida⁴⁴.

Además, es preciso que los profesores sean “testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana” (§22). No basta sólo con tener una visión coherente del mundo, en la que se encuadre la propia tarea docente, sino que debe ir acompañada del ejemplo de vida cristiana. La razón parece clara: la unidad existencial de razón y fe no puede limitarse a lo intelectual sino, que puesto que la persona es un ser unitario, debe manifestarse también en su vida. Y, al revés, la propia práctica del cristianismo es una fuente de integración de lo profesional y lo espiritual.

Acerca de los alumnos, se proponen tres niveles complementarios en su formación universitaria. En primer lugar, que adquieran una preparación profesional especializada. En segundo lugar, que “armonicen” dicha preparación con la formación humanística y cultural, de manera que “se sientan animados a buscar la verdad durante toda su vida” (§23), en todas sus dimensiones: moral, social y religiosa. Y, en tercer lugar, lo anterior les pondrá en disposición de adquirir –o, si ya la tienen, de desarrollar– una forma de vida cristiana. Resulta significativo el paralelismo entre estos objetivos y la estructura del plan de estudios mencionada anteriormente.

En la integración personal de la doble identidad es decisiva la tarea de la capellanía o pastoral universitaria, que ofrece consejo y dirección espiritual, así como la participación en los sacramentos (§38). Del mismo modo que no bastaría con “tener fe”

⁴³ José Luis Illanes, “Teología y ciencias en una visión cristiana de la universidad”, *Scripta Theologica* 14 (3/1982): 880. La teología es la forma suprema de sabiduría, pero por sabiduría puede entenderse tanto la “comunidad con la verdad” (San Buenaventura), como la “capacidad de valoración (o juicio)” (Santo Tomás). Illanes sugiere que en el quehacer teológico de la universidad es preciso aunar ambos sentidos de sabiduría: “...pasando a través de la función judicial o valorativa de la Teología, debemos volver a su dimensión contemplativa. Y esto porque ese fin de la existencia humana, desde el que la Teología juzga nuestras acciones y nuestros saberes, no es un acontecimiento futuro presagiado en el presente pero carente en sí mismo todavía de actualidad, sino el encuentro en plenitud con un ser, Dios mismo, que llena con su presencia la entera realidad” (p. 886).

⁴⁴ Una importante serie de reflexiones sobre estos temas de profesores universitarios de diversas áreas se puede encontrar en Antonio Aranda (ed.) *Identidad cristiana. Coloquios universitarios* (Pamplona: Eunsa, 2007). Véase en concreto la introducción de Antonio Aranda y Alejandro Llano titulada “Sobre identidad cristiana: reflexiones preliminares” (pp. 19-40).

o “ser creyente” (en el sentido de práctica religiosa) para que una universidad tuviera identidad cristiana, tampoco sería suficiente con alcanzar una adecuada síntesis *intelectual* de fe y razón, si esta no fuera acompañada de la práctica religiosa. La unidad existencial de fe y razón requiere ambos elementos: intelectual y vital⁴⁵.

5. Conclusión

La identidad propia de las universidades de inspiración cristiana es su compromiso con la búsqueda de la verdad, lo cual incluye las verdades parciales de las diversas ciencias y profesiones, las verdades generales acerca de la vida humana y la verdad sobre la razón última de la existencia: Dios. La causa de la universidad es la de la verdad, pero la verdad en toda su amplitud. En este sentido, la identidad cristiana ayuda a una institución a ser más y mejor universidad y, en concreto, previene contra los riesgos de la llamada “multiversidad”.

La identidad de una universidad católica depende principalmente de la vida de las personas que la conforman y se expresa en la unidad existencial de fe y razón. Para poder alcanzar dicha unidad es preciso que la universidad sea, ante todo, una comunidad intelectual. Un medio apropiado (aunque no único) para establecer y desarrollar dicha comunidad es el desarrollo del plan de estudios, pues en él participan todos y tiene lugar el necesario intercambio intelectual del que pueden surgir las creencias compartidas que son la fuente de la identidad de una institución.

En cuanto institución, que tiene vida propia, la universidad es capaz de mantener y transmitir su identidad a sus nuevos miembros. En cierto sentido, la identidad de una universidad es una tarea nunca completa del todo, que constantemente debe actualizarse. De modo similar, la fe se hace cultura no de una vez para siempre, sino que cada nueva generación se encuentra ante sí ese reto.

BIBLIOGRAFÍA:

- “L’idéé d’Université”, *Communio* XXXVII (1/2013): 225.
- Aranda, Antonio (ed.) *Identidad cristiana. Coloquios universitarios*. Pamplona: Eunsa, 2007.
- Clavell, Luis. *Razón y fe en la universidad: ¿Oposición o colaboración?* Barcelona: CEU Ediciones, 2010.
- Concilio Vaticano II. *Constitución pastoral Gaudium et Spes* (7 de diciembre de 1965).
- D’Souza, Mario O. “Ex Corde Ecclesiae, Culture and the Catholic University”, *Journal of Catholic Education* 6 (2/2002): 215-232.
- Donati, Pier Paolo. “Cultura y comunicación. Una perspectiva relacional”, *Comunicación y sociedad* VIII (1/1995): 61-75.
- Ellis, John Tracy. “American Catholics and the Intellectual Life”, *Thought* 30 (1955): 351-388.

⁴⁵ A lo largo del artículo, al hablar de la comunidad universitaria se ha hecho referencia casi exclusivamente a los profesores y estudiantes. La razón es que, desde la perspectiva aquí adoptada, lo *esencial* para el fin de la universidad es el tipo de comunidad que se forma entre ellos. Sin embargo, el personal de administración y servicios no desempeña, por ello, una labor menos importante; de hecho, su labor es imprescindible para disponer de los medios necesarios para el fin de la universidad. Ni, lógicamente, se puede decir que no contribuya a la identidad. Al contrario, precisamente porque la identidad depende de *todas* las personas que conforman la institución, también es decisivo que contribuyan a la integración de ambas identidades, de modo que se refleje en la cultura de organización.

- Giménez Amaya, José Manuel y Sergio Sánchez-Migallón (eds.), *Diagnóstico de la Universidad en Alasdair MacIntyre*. Pamplona: Eunsa, 2011.
- Gioia, Dennis A. "From Individual to Organizational Identity", en *Identity in organizations. Building theory through conversations*, editado por D.A. Whetten y P.C. Godfrey, 17-32. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 1998.
- Gleason, Philip. "What made Catholic Identity a Problem?" en *The Challenge and Promise of a Catholic University*. Editado por T.M. Hesburgh, 91-102. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1994.
- Gleason, Philip. *Contending with modernity. Catholic higher education in the twentieth century*. Nueva York: Oxford University Press, 1995.
- González, Ana Marta. "La identidad de la institución universitaria", *Acepremsa*, Servicio 90/10, 1 de diciembre de 2010: 3.
- Gray, Hanna Holborn. *Searching for Utopia. Universities and their Histories*. Berkeley: University of California Press, 2012.
- Illanes, José Luis. "Teología y ciencias en una visión cristiana de la universidad", *Scripta Theologica* 14 (3/1982): 873-888.
- Jaspers, Karl. *La idea de la universidad*. Pamplona: Eunsa, 2013.
- Juan Pablo II, Discurso fundacional del Consejo pontificio para la cultura (20 de mayo de 1982).
- Juan Pablo II, Encíclica *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998).
- Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae: Constitución apostólica sobre las universidades católicas*. (15 de agosto de 1990)
- Kerr, Clark. *The Uses of the University*, Fifth Edition. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001.
- L'Université Catholique dans le monde moderne. Document final du 2ème Congrès des Délégués des Universités Catholiques* (Roma, 20-29 noviembre 1972)
- Llano, Alejandro. "Universidad y cultura en la perspectiva del Concilio Vaticano II", *Scripta Theologica* 17 (1985): 811-816.
- Llano, Alejandro. *Repensar la Universidad. La Universidad ante lo nuevo*. Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias, 2003.
- MacIntyre, Alasdair. "The End of Education: The Fragmentation of the American University", *Commonweal* 133/18, October 20, 2006, 10-14.
- Martin, Ben R. "Are universities and university research under threat? Towards an evolutionary model of university speciation", *Cambridge Journal of Economics* (2012): 1-23.
- Martínez-Echevarría, Íñigo. *La relación de la Iglesia con la Universidad en los discursos de Juan Pablo II y Benedicto XVI: una nueva aproximación jurídica*. Roma: EDUSC, 2010.
- McInerney, Ralph. "The Advantages of a Catholic University", en *The Challenge and Promise of a Catholic University*, editado por T.M. Hesburgh. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1994.
- Mora, Juan Manuel. "Universidades de inspiración cristiana: identidad, cultura, comunicación", *Romana* XXVIII (1/2012): 196.
- Newman, John Henry. *The Idea of a University*. London: Longmans - Green, 1907.
- Romera, Luis. "La razón responsable y la Universidad. El lugar de la teología", en *La fe en la universidad*. Editado por S. Sánchez-Migallón y J.M. Giménez-Amaya, 23-53. Pamplona: Universidad de Navarra, 2013.
- Torralba, José María. "Formación humanística en la universidad. Los tres rasgos de la educación liberal", en *Escribir en las almas. Estudios en honor de Rafael Alvira*.

- Editado por M. Herrero, A. Cruz., R. Lázaro y A. Martínez, 921-938. Pamplona: Eunsa, 2014.
- Torralba, José María. “La educación liberal como misión de la universidad. Introducción bibliográfica al debate sobre la identidad de la universidad”, *Acta Philosophica* 22 (2/2013): 257-276.
- Torralba, José María. “La idea de educación liberal. De cómo se inventaron las humanidades”, en *Falsos saberes. La suplantación del conocimiento en la cultura contemporánea*. Editado por J. Arana, 61-74. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.
- Villar, José Ramón. “Transmisión de la fe y universidad”, *Scripta Theologica* 33 (1/2001): 183-190.
- Wende, Marijk van der “Trends Towards Global Excellence in Undergraduate Education. Taking the Liberal Arts Experience into the 21st Century”, *Center for Higher Studies in Education - Research & Occasional Paper Series*, CSHE.18.12. Berkeley: University of California, 2012.

Documentos Core Curriculum, n.5, 2018.

ISBN: 978-84-8081-587-1

Cómo citar este artículo: Torralba, José M. 2018. “La doble identidad de las universidades de inspiración cristiana según *Ex corde Ecclesiae*”, *Rivista PATH (Pontificia Academia Theologiae)* 14 (1/2015): 131-150.

URL: <http://hdl.handle.net/10171/49513>



Los Documentos Core Curriculum se publican bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento–NoComercial–SinObraDerivada 3.0 España.